**¡Hola, don Pepito! ¡Hola, don José!**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático jubilado de Lengua española

Se le llama “hipocorístico” a un nombre que en forma diminutiva, abreviada o infantil, se usa como designación cariñosa, familiar o eufemística; por ejemplo ‘Anita’ es un diminutivo de Ana, ‘Vero’ es una apócope final de Verónica, como ‘Fer’ o ‘Fernan’; ‘Nando’ es una apócope inicial de Fernando; ‘Dora’ es una apócope medial de Adoración. Entra dentro de la abreviatura llamarle a los José ‘Pepes’; se ha podido originar de dos modos: proviene de la forma en que se denominaba en latín a san José: ‘Pater Putativus’ (padre supuesto, tenido por padre). San José era el padre supuesto de Jesús; esta forma en latín solía abreviarse como *P.P*. O puede provenir de la forma antigua castellana ‘Josepe’, en textos de los siglos XV y XVI; así, al igual que en Italia Giuseppe derivó en Peppe, Beppe o Geppe, en España podría haber derivado por cercanía fonética en ‘Pepe’. Y así se quedaron algunos de los personajes más famosos de la historia e incluso de la actualidad: desde el histórico Pepe Botella, al [actor](http://hoycinema.abc.es/perfil-cine/listado.html?q=&amp;pai=&amp;let=) Pepe Sancho, el político Pepe Blanco o el cómico Beppe Grillo.

Algo similar ocurre con ‘Paco’, hipocorístico de Francisco, pues a san Francisco se le denominaba ‘Pater Communitatis’ (el padre de la comunidad), cuya abreviatura era Pa.Co. Sobre el hipocorístico ‘Manolo’ todavía no he llegado a una conclusión: en hebreo es ‘Emmanuel’; trasplantado al francés en los mismos términos, adaptado al vasco en forma de ‘Imanol’. Por acortamiento en nombres compuestos salen ‘Mamen’ de María del Carmen, ‘Maribel’ de María Isabel donde los nombres afectivos se forman con el principio y el final de los compuestos. Tengo yo una compañera para quien el nombres oficial es una cosa y el hipocorístico otra, sin mezclar, por favor.

Es que los niveles, los contextos, los están claros. Incluso el diccionario no almacena hipocorísticos, como si fuera algo ajeno a la lengua, siendo tan familiar, tan corriente. El diccionario se coloca en el nivel estándar culto y excluye el nivel familiar, expresivo. No entiendo por qué. ¿Porque son nombres propios y tampoco ellos forman parte de un diccionario común?

Ante esta postura hay hablantes que piensan que existe una lengua del común y otra de la exclusividad. Hay personas que quieren destacarse por la lengua y otras que usan la lengua para no destacarse. Es lo que se llama ‘afán democratizador’. En ese afán por democratizarse, por ser del pueblo llano, las manolas de Madrid, las manolas que habitan en la calle Elvira, surge el afán de los socialistas por ser del montón; así se hacen llamar Manolo Chaves, Manolo Pedreira. Ea, del pueblo. Lo malo vino cuando un presidente se llamaba José Antonio, sin levantar memorias; y se llamó solo Pepe, Pepe Griñán; se podía llamar ‘Pepe Nono’, pero no cayeron. A mi modo de entender los comportamientos personales, no dice bien de un Pepe, presidente de la diputación, intentar ser campechano. Es un mal entendido. La presidencia y la campechanía no casan bien. Es ese afán por acercarse al pueblo. Lo dice una conseja popular: “mientras más te agaches, más se te ve el culo”. Joselu no, que sea mejor ‘Pepelu’.

Además de estas monsergas, existen razones lingüísticas, fenómenos vocálicos: la afectación o afectividad –no en vano la palabra griega significa acariciador- la podemos expresar mediante las consonantes palatales che ye eñe: Pancho para Francisco, Concha para Concepción, Goyo para Gregorio, Toño para Antonio; mediante vocales finales palatales: Dori por Adoración, Susi por Jesús, Loli por Dolores, Rosi por Rosario; en esto se corre parejas con el inglés en nombres propios terminados en y: Dory, Johnny. El lenguaje infantil lo encontramos en las repeticiones fónicas: Quique de Enrique, Chechu de Jesús, ‘Lolo’ de Manolo, ‘Lalo’ de Gonzalo; hay fenómenos de contacto entre lenguas: ‘Willi’ de Guillermo en inglés, ‘Iñaki’ de Ignacio en vasco, ‘Xavi’ de Javier en catalán.

Los nombres de hombre y mujer suelen tener pocas variaciones. ‘María’-‘Mario’, ‘Paco’-Paca’, ‘José’-‘Josefa’, ‘Juan’-‘Juana’, pero hay algunas preferencias: Pablo para él, Paula para ella, y algunas exclusiones: Tereso. Entra dentro del esnobismo las opciones: ‘Alexander’, Jonathan, Vanessa. En América prefieren los nombres compuestos: de ahí los telenovélicos: Juan Alfredo, Luisa Fernanda, Roberto Carlos. Cada pueblo, cada cultura presta a los individuos un nombre propio, lo que se llama nombre de pila, según su saber y entender. Cada individuo nada más nacer o incluso antes es designado por un nombre puesto por sus padres. Hay nombres que con variantes se repiten en los distintos países, pero otros no. José, María, Saúl, Andrés, Rafael, Jesús, Pedro, Pablo nos indican cultura judeocristiana. Aquiles, Platón, Dante, Flavio, Livio hablan de la cultura grecolatina. Roberto, Adolfo, Gilberto, Jorge delatan origen eslavo. Kinto, Susuni son de la cultura oriental. Cuentan de un cura que en el bautizo al oír el nombre del acristianado, Stalin, dijo que viniera Lenin a bautizarlo. El día que a una madre permitieron ponerle ‘lobo’ a su hijo nos quedamos todos más tranquilos; por lo menos no le había puesto ’lobezno, lobato, lobatón’. Aunque a mí me recuerda la canción ‘yo no soy una loba’, o la variante ‘yo soy tu loba’ de las culisueltas bolivianas. Ahora bien, nunca perdonaremos a aquella mujer jienense que casó con un granaíno, sin saber que se apellidaba ‘Rufián’. Así, hemos ido del nombre familiar al propio, de Pepe a José. Hola don Pepito, hola don José.